

REDES TRANSFRONTERIZAS

SOCIEDAD, EMPLEO Y MIGRACIÓN
ENTRE NICARAGUA Y COSTA RICA

ABELARDO MORALES

CARLOS CASTRO



BIBLIOTECA - FLACSO - E C

Fecha: 19-nov-2002

Categoría: _____

Procedencia: _____

Estado: _____

Exemplar: X

RECIBO 1919

7937

19/11/2002

304.872867285 ○

M828r Morales, Abelardo

Redes transfronterizas : sociedad, empleo y migración entre Nicaragua y Costa Rica / Abelardo Morales, Carlos Castro. -- 1a. ed. -- San José, C. R.: FLACSO, 2002.

256 p. ; 15 x 22 cm.

ISBN 9977-68-119-8

1. Costa Rica - Emigración e inmigración. 2. Nicaragüenses - Aspectos socioeconómicos. 3. Migración interna - Costa Rica. I. Castro, Carlos. II. Título.

Esta publicación y el estudio que la sustenta son parte de los productos del proyecto "Transnacionalismo social generación de empleo e ingresos en el circuito binacional Nicaragua-Costa Rica" desarrollado con el apoyo de la Embajada Real de los Países Bajos.

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Sede Académica Costa Rica.
 Apartado 11747-1000, San José, Costa Rica
 Primera edición: Agosto del 2002.
 Diseño de portada y producción editorial:
 Leonardo Villegas

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

CAPÍTULO I

TRANSNACIONALISMO SOCIAL Y TERRITORIALIDAD

BINACIONAL ENTRE NICARAGUA Y COSTA RICA 23

ABELARDO MORALES

 Territorialidad y migraciones..... 46

 Migraciones y reconfiguración socioterritorial 49

CAPÍTULO II

CONDICIONES SOCIOECONÓMICAS Y SOCIOPOLÍTICAS

DE LA MIGRACIÓN 65

ABELARDO MORALES

 Estructura productiva, sujetos sociales y emigración.....76

 La plataforma urbana de la emigración..... 82

 Dinámica sociopolítica y emigración..... 94

 Mercados laborales, migración y remesas en Nicaragua 98

Migración y subsidiaridad laboral	109	
Migración y pobreza	125	
Las remesas y su impacto en lo hogares en Nicaragua	133	
Familias globalizadas por la emigración	140	
<i>Factores precipitantes e impactos de la</i> <i>emigración sobre el hogar y sus miembros</i>	160	
CONCLUSIONES	171	
BIBLIOGRAFÍA		
 CAPÍTULO III		
INFORME INSERCIÓN LABORAL Y REMESAS DE LOS		
INMIGRANTES NICARAGÜENSES EN COSTA RICA.....		181
CARLOS CASTRO VALVERDE		
 INTRODUCCIÓN		183
 Mercados laborales asimétricos.....		185
Población inmigrante en Costa Rica:		
perfil socio-demográfico		189
Inmigración laboral: cambios y especialización		199
Inmigrantes y pequeña empresa urbana		210
Inmigrantes y estrategias ante la pobreza.....		213
Perfil de los nicaragüenses que envían remesas.....		223
Elementos cualitativos y dinámica socio-laboral		235
<i>Remesas y características laborales</i>		235
Trayectoria laboral y empleos de inmigrantes.....		243
Reflexiones finales.....		251
BIBLIOGRAFÍA		255

CAPÍTULO I
TRANSNACIONALISMO SOCIAL Y
TERRITORIALIDAD BINACIONAL ENTRE
NICARAGUA Y COSTA RICA

ABELARDO MORALES

TRANSNACIONALISMO SOCIAL Y
TERRITORIALIDAD BINACIONAL ENTRE
NICARAGUA Y COSTA RICA

Seferino López, campesino de Nueva Guinea y jornalero agrícola en Costa Rica, aún recuerda lo que le sucedió en 1997; esa es también una historia común entre muchos nicaragüenses que se jugaron la aventura de desplazarse al otro país, como opción de supervivencia. Después de varios meses de moverse entre los cortes de café y los de la caña de azúcar en la vecina Costa Rica, cayó en manos de la policía de migración costarricense quienes lo regresaron a Nicaragua, sin darle la oportunidad de ir a recoger el dinero ahorrado, ni las pertenencias que tenía guardadas en el galerón donde dormía.

Se señala que dos rasgos de la mundialización son la “des-territorialización” y la abolición de fronteras por el mercado y el consumo. Pero no todos los impulsos de la planetarización provienen, como se supone, de meros actos económicos. Las migraciones laborales transfronterizas o transnacionales son uno

de los movimientos que subsumen globalmente a la población; los impulsos económicos y tecnológicos operan en la base de estas, pero de manera invertida. Como señalara hace unos años un informe de la Comisión *Carnegie* (1997), “mientras que muchos elementos de nuestro cambiante mundo sustentan una enorme esperanza de mejoramiento en las condiciones humanas, el mismo proceso de cambio acelerado produce necesariamente nuevas tensiones, especialmente cuando viene acompañado por una creciente desigualdad económica y social” (p. 13).

Para sus apologistas, el desarrollo de una economía cada vez más interdependiente abriga la esperanza de una sociedad universal (Ohmae, 1990). Muy a pesar del optimismo por ese universalismo monótono, la diseminación planetaria de la ley del valor y de la hegemonía tecnológica sobre las cotidianidades impone nuevos mecanismos de diferenciación social, acentúa la desigualdad y la exclusión. Es más bien probable que las diásporas humanas se acentúen cada vez más y, como ya acontece, se acompañen por un desasosiego de las culturas, por el acoso de la miseria y de la vulnerabilidad, así como por la aparición de nuevos conflictos.

Fenómenos relacionados con esas dinámicas han comenzado a rebasar las categorías fijas del análisis sociológico, de la ciencia política y de las relaciones internacionales, entre ellas, los conceptos territoriales de clase y Estado, las visiones estáticas de la soberanía estatal, así como la normatividad aplicable a los actos sociales en los planos infra e interestatal. Según Cerny (1995), la diferenciación de los procesos productivos y de la segmentación de mercados, propios de la llamada tercera revolución industrial, producen nuevos “circuitos de poder”, que son resultado “tanto de

nuevas formas colectivas de acción como de un retorno de otras antiguas (...) Las formas de acción colectiva acuñadas con el estado nación, se han mostrado crecientemente inefectivas en principio conducen a una polarización política y después a una reinvención del gobierno” (pp. 607-608).

Diversos procesos sociales, con un marcado acento globalizador, acontecen en la periferia del mercado, lejos del esplendor tecnológico, y con una funesta reimposición de fronteras; la exclusión, principalmente, como el lado perverso de esa globalización espuria. Cabe argumentar, además, que los sujetos de esos aceleramientos y transformaciones no son, pese a las creencias tecnoburocráticas de moda, solo ni principalmente las empresas transnacionales y entidades supranacionales, sino los individuos, ciudadanos convertidos por la magia misma de la mercantilización, en simples consumidores. Barber (1995) señala que “...(los) clientes (de las corporaciones) no son ciudadanos de una nación en particular, ni miembros de un clan parroquial: ellos pertenecen a la tribu universal de los consumidores determinados por necesidades y deseos que resultan ubicuos, no por su propia naturaleza, sino por medio de la manipulación de la publicidad. Un consumidor es un consumidor es un consumidor” (p. 23).

Aunque el dominio del mercado impone como regla una cierta uniformidad de los gustos y patrones de vida, en el ejercicio mismo del consumo puede producirse una especie de re-dención de lo íntimo, de lo propio y de lo genuino de la actividad humana, que revelan que el globalismo no solo *no* comporta la homogeneidad de las operaciones económicas, sino también propicia una intersubjetividad sumamente densa y, como

efecto suyo, el desarrollo de un “multiculturalismo” cada vez más expandido.

El desarrollo incesante de las innovaciones, por ejemplo, no solamente resulta de una gélida idiosincrasia del capital frente a su propia competencia, sino de una práctica cotidiana de los individuos en busca de mayores posibilidades para su subsistencia, sobre todo, entre colectivos que, en medio del aplastante efecto del espectáculo televisivo y publicitario, ingenian estrategias para satisfacer otras necesidades vitales. Si bien el desarrollo del mercado requiere de la intervención de mecanismos virtuales para la manipulación de los gustos y de las necesidades de los consumidores, ese desarrollo deja zonas extensamente descubiertas, donde las personas resuelven de maneras muy distintas sus necesidades vitales, apenas en la periferia de las relaciones mercantiles. La supervivencia es un acto densamente imaginativo y aunque sus límites sean cada vez más estrechos, esa estrechez fuerza una mayor imaginación. La imaginación no emerge asociada solo a la creatividad del consumo, sino también al ingenio del *no consumo*.

En nuestros países, los ajustes macroeconómicos han estreñado los márgenes para la satisfacción de las necesidades vitales, junto a una crisis eco-ambiental que merma también la disponibilidad de recursos para el crecimiento productivo y para el desarrollo social. El incremento de la vulnerabilidad frente a los riesgos ambientales recrudece la migración e incrementa el desarraigo. En el caso centroamericano, la emigración se ha convertido en una modalidad de ajuste del mercado laboral que deja en manos de los individuos y de las familias la responsabilidad de la creación de empleo.

También en la región, las transformaciones productivas han tenido como consecuencia, casi reiterada, nuevas manifestaciones del fenómeno migratorio. Tanto el desarrollo de la agricultura de exportación, como el proceso de urbanización e industrialización han implicado la aparición de nuevas formas de salida como la atracción de otros contingentes de población. Las transformaciones más recientes, tanto las que corresponden a la dinámica de pacificación y democratización, como las acontecidas en los escenarios económicos, se han encadenado a diversas transformaciones de la territorialidad social y una de sus expresiones ha sido la aparición de nuevos patrones migratorios en toda la región. A pesar de que las migraciones internas y las migraciones transfronterizas perdieron importancia relativa dentro del conjunto global de la migración en la región, ese hecho no evidencia necesariamente una disminución real de esas otras dos primeras formas. El principal obstáculo para descubrir el alcance y la naturaleza de las migraciones intra-regionales es la ausencia de instrumentos estadísticos actualizados y de datos uniformes que capten el fenómeno y que, de igual modo, faciliten su conocimiento transversal en la región.

De modo que las migraciones también cobran importancia en el actual contexto global subregional, en el tanto se han constituido en una manifestación de la transnacionalización del istmo centroamericano; tanto por el hecho de que la emigración a países de fuera de la región, como el desplazamiento, permanente o temporal, entre países al interior de la zona, revelan las aristas más novedosas de un proceso de transnacionalización de la fuerza laboral como también de los mecanismos de reproducción y supervivencia social. Para los países centroamericanos

que dependen altamente de la emigración, sea esta a los Estados Unidos o a territorios vecinos, el sur de México, Belice o Costa Rica, ciertos balances macroeconómicos y la mejor política social dependen de la estabilidad de un flujo constante de remesas familiares desde el exterior. Ese fenómeno tan propio de la globalización es hoy en día resultante de crecientes asimetrías entre países y entre territorios. En tanto esa nueva forma de dependencia externa se revela como estratégica, puede decrecer el interés por el desarrollo social y productivo de las zonas expulsoras y, de esa forma, tales territorios quedan conectados a los circuitos de la transnacionalización mediante la conexión de su fuerza de trabajo con mercados laborales en el exterior.

Pero las implicaciones de tal transnacionalización no son solo económicas ni laborales. Otro ámbito cambiante es la diseminación de nuevas instituciones y urdimbres socio-territoriales. García Canclini (1991), a propósito, identificaba un fenómeno dual de “desterritorialización y reterritorialización” de la cultura, coherente con dos procesos: “la pérdida de la relación natural de la cultura con los territorios geográficos y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (p. 288). La expresión de esa desterritorialización se observa en la principal zona de migraciones del continente y tal vez en el mundo, la frontera entre México y Estados Unidos, y está contenida en un movimiento intercultural de trabajadores y trabajadoras desempleados, campesinos e indígenas desarraigados, que debieron salir de sus tierras para sobrevivir. Sin embargo, en la región objeto de este análisis, ese fenómeno manifiesta características que difieren de ese caso no solo en sus rasgos

más importantes, sino también por una cuestión de escala. Las fronteras en el istmo centroamericano dividen a sociedades más homogéneas que lo que resultan ser entre sí la mexicana y la estadounidense; aparte de que en términos espaciales las migraciones dentro del área involucran zonas más reducidas. Pero, a pesar de las diferencias de escala y una homogeneidad relativamente mayor, en Centroamérica también tienen importancia las transformaciones socio-territoriales asociadas a la migración, también como procesos de “re-territorialización” de esos sitios.

La reterritorialización se manifiesta como una oposición interesante entre la producción de lugares y la de *no lugares* (Augé, 1996).¹ La diseminación de las poblaciones entre uno de los tantos efectos de las transformaciones territoriales y otros cambios estructurales producen transformaciones espaciales también diversas; la producción de “no lugares” en una escala micro sería la medida de la época, son los espacios consagrados a la individualidad solitaria del consumo, a las actividades provisionales y ubicuas; son los espacios del pasaje y dedicados al desplazamiento que cobran importancia por el peso de la comunicación y el transporte en el desarrollo de la actividad económica, en la difusión simbólica y los movimientos poblacionales a escala global.

Consagrados como sitios de tránsito y pasaje, las fronteras evidencian la falsa polaridad entre los *lugares* y los *no lugares*; posmodernas por excelencia, las fronteras no pierden, con el

1 Este autor opone el concepto de “lugar” al de “no lugar” y aclara que “si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (p. 83).

impacto de lo global y lo posmoderno, su historicidad, su carácter de identidad y la importancia de las prácticas sociales allí presentes. Más bien, el transnacionalismo produce una nueva práctica de las fronteras, cuyo efecto resultante es una nueva producción de lugares, y cuya manifestación más específica es la “transfrontericidad” como sitio de esa posmodernidad. A diferencia de otros sitios, lo particular de lo transfronterizo es el espacio de cruce, de redes de medios de transporte, de tránsito tanto formal como informal, de comercio y de redes sociales diversas; también es el cruce entre lo tradicional y lo posmoderno, tanto de ancestrales intercambios familiares y comunitarios, como de tecnologías y turismo; en consecuencia, las fronteras son el cruce posmoderno entre los lugares y los no lugares.

El carácter dual de la territorialidad migratoria, se manifiesta en la imagen del sujeto migrante. Lejos estaríamos de considerar a los migrantes como habitantes de los no lugares; lo propio del migrante es su capacidad de movimiento entre uno y otro espacio, pero, además de ello, su capacidad de construir lugares dentro de espacios antropológicos amplios; espacios sociales transfronterizos o transnacionales. La identidad del migrante aparece asociada entonces tanto a un imaginario como a una realidad; aunque la realidad del migrante no resulta necesariamente en el extremo opuesto de su imagen; así como tampoco los no lugares serían el opuesto del lugar. La construcción de un imaginario social en el entorno de la migración forma parte del proceso de producción del acto migratorio; y la consecuencia es a veces inclusive la fabricación de imágenes diversas y hasta opuestas del sujeto migrante, que es un sujeto histórico, con una identidad y resultado de relaciones sociales específicas.

La dinámica de la migración y el carácter de los movimientos, experiencias personales y colectivas, así como las diversas realidades del arraigo y desarraigo, inciden sobre la conformación de una multiplicidad de características del sujeto emigrante o inmigrante. El perfil de ese sujeto, a su vez, cambia de conformidad con otras variables relacionadas con aspectos sociodemográficos, económicos y culturales, siendo, por ejemplo, las de género, edad y procedencia social, de una gran importancia. El sujeto migrante en razón de su ubicuidad y movimiento tiene un lugar en el espacio social, un papel en la construcción de historia social y le pertenece uno o múltiples trozos de la identidad social.²

La producción de ese imaginario de la migración está sujeta a una producción simbólica de lugares. Muchos de los actos de la migración están motivados por un imaginario colectivo de oportunidades, que produce la reinvencción colectiva y constante de la “tierra prometida”. En otro extremo, la representación estereotipada produce una burda diferenciación del migrante frente a los otros, no migrantes, habitantes de los espacios adonde los primeros llegan, y frecuentemente se les hace responsables de la mayoría de los males que allí se padecen.³

La desterritorialización, como señaláramos, es un fenómeno originado en la pérdida de referentes de los sitios de origen de bienes y personas, y que resulta de la ubicuidad de procesos

2 Una imagen del inmigrante procede de un imaginario social, impuesto por la publicidad y los medios de comunicación, y otra, más cruda, corresponde a sujetos que sobreviven, en su mayor parte, en el envés de las vallas publicitarias y debajo de los límites de la subsistencia.

3 A propósito, la antropóloga mexicana Ana Rosas Mantecón (1996), al analizar el papel del cine en la construcción de imaginarios urbanos y la migración, escribió: “la persistencia del estereotipo del migrante ha coadyuvado a la discriminación de ese *otro*, y a la atribución de falsas responsabilidades en las explicaciones de los males de la ciudad (p. 131).

productivos, la velocidad de la información y la volatilidad del consumo. Ese fenómeno es congruente entonces con la proliferación de no lugares. Mientras tanto la emigración de los pobres, así como el desplazamiento causado por la violencia, dan forma a otra *desterritorialización* más perversa y cruel: un desprendimiento que resulta del despojo y del desarraigo. Esa desterritorialización manifiesta el lado perverso del posmodernismo, y se instituye a partir del rompimiento de núcleos familiares, la desintegración de núcleos vitales de la vida comunitaria y el desarraigo colectivo de masas de población, privadas estas de la posibilidad de llenar sus necesidades de sustento en sus países de origen. La pérdida del territorio es una situación que no se vive, simplemente se padece. A diferencia de la primera, no corresponde con la producción de no lugares hechos según el paladar individualista del consumo impersonal y efímero, sino a una pérdida de lugar por el no consumo.

En las migraciones en Centroamérica que, a veces, de forma improvisada se asimilan como manifestación del globalismo social, los estereotipos ayudan a encubrir las causas estructurales del fenómeno, pero, sobre todo, su naturaleza histórica que no es coyuntural y, por eso, tampoco de origen estrictamente reciente.

La emigración de nicaragüenses hacia Costa Rica, principalmente, pero también con cierta regularidad hacia otros destinos, es una realidad que, vista en el largo plazo, confluye como una tendencia de carácter estructural. La emigración / inmigración en su configuración territorial imprime a familias y comunidades un carácter transversal. La cotidianidad de la interacción familiar y la vida de pueblos cada vez más numerosos comienza

a depender de la generación de ingresos en uno y otro país. Pero esa dinámica tiene otro trasfondo: la actividad productiva; es decir, la dinámica del capital también muestra su dependencia de la existencia de contingentes trabajadores superiores a los disponibles en el territorio económico inmediato. La contradicción capital trabajo también asume sus propias expresiones en este contexto, pues la problemática social de la migración laboral evidencia un desplazamiento de las contradicciones sociales y formas de exclusión desde los territorios nacionales, propios del modelo socio-económico previo, a la arena regional y transnacional. De la misma forma en que emergen circuitos económicos extendidos por el espacio regional, reconfigurando aquella vieja regionalidad sujeta a la agroexportación y al fallido intento del Mercado Común, también la fuerza de trabajo se extiende regional y extra-regionalmente para alcanzar condiciones de mayor reproducción social. Junto con esa regionalización y transnacionalización, se expanden también las formas de exclusión socio-económica, los mecanismos de explotación de esa fuerza de trabajo, agravadas y legitimadas con otras expresiones de exclusión social y cultural.

Si bien el fenómeno migratorio tiene ese fundamento económico último, también origina un sinnúmero de otras expresiones sociales que se manifiestan en nuevos comportamientos y formas de articulación, las que suministran a colectivos familiares y comunitarios nuevas formas de participación en la construcción de espacios transfronterizos. La formación de actores sociales en el contexto de la migración no se deriva de forma exclusiva de la intervención de mecanismos de diferenciación de carácter distributivo, sino también de la creciente importancia

de otros rasgos de diferenciación relacionados con la identidad y la conformación de colectividades simbólicas.

El componente transnacionalizado o transfronterizo de la vida social, por la vía de las migraciones, ha dejado ser un hecho circunstancial o un fenómeno al margen de las actividades vitales de las distintas sociedades involucradas, no solo de una o pocas de ellas. Tanto depende la sociedad de origen de fuentes de empleo, recursos y otros medios de vida obtenidos por una parte de su población en la sociedad o sociedades de destino de la emigración, como dependen estas últimas de la primera para la provisión de recursos laborales de los cuales no disponen. Pero en el fondo de esa interdependencia también se construye un conjunto de redes y dinámicas transversales que tienen un efecto social sobre sus espacios territoriales. Como resultado de lo anterior, la re-territorialización de la fuerza laboral nicaragüense en la vecina Costa Rica se hizo más visible a partir de 1991, aunque ha sido un fenómeno casi permanente en la historia común; en ella se concentran los flujos transfronterizos más intensos en el ámbito infra-regional. Si bien es uno de los rasgos más sobresalientes en la construcción social de una nueva regionalidad centroamericana, junto a ella se visibiliza también el ensamblaje de nuevas formas de interacción entre ambas sociedades, puestas más en evidencia por la transnacionalización y la transformación regional de los mercados laborales.⁴

De conformidad con esa hipótesis, las migraciones entre Nicaragua y Costa Rica evidencian la consolidación de nuevas

4 Un profundo análisis sobre la relación entre la transformación productiva y mercados de trabajo en Centroamérica se encuentra en Pérez Sáinz (1996) —De la finca a la maquila...—

formas de contacto e interdependencia entre regiones de origen y de destino de las migraciones. Esas dinámicas no alteran las definiciones fundacionales de la territorialidad nacional, pero sí tienen impacto sobre la distribución de la práctica territorial en escalas que van de lo local a lo regional, cuya expresión más agregada sería la construcción de regionalidades transfronterizas.

Un plano de esa regionalización se manifiesta en una serie de tendencias hacia a la diferenciación territorial entre regiones, como un fenómeno asociado a la lógica de intervención territorial de las empresas. Esas tendencias llevan a reforzar una dinámica de competencia entre territorios, bajo las mismas normas de la competencia libre de mercados, tanto por la asignación de recursos, como por otras demandas particulares como cuotas de mercado, atracción de tecnologías, incentivos, infraestructura, etc. Con la intensificación de procesos económicos y sociales, los procesos de regionalización se vuelven más complejos, pues están sometidos a mecanismos de diferenciación territorial mucho más intensos y condicionados, también, por el fortalecimiento de tendencias económicas y sociales globalizantes.

Entre los procesos asociados a la globalización que están teniendo un mayor impacto en la configuración de nuevas regiones en Centroamérica, se pueden considerar al menos cuatro de ellos: a. la industria maquiladora, b. la producción de agroexportación tradicional, c. la producción de enclave, que sigue girando predominantemente en torno al banano, y d. las migraciones internacionales. Aún no se cuenta con un conocimiento avanzado de las implicaciones de esos procesos sobre la escala de construcción regional en Centroamérica, pero constituye un campo de trabajo que puede revelar buena cantidad de novedades.

Pese a la creencia de que ese regionalismo, influido por ideas neoliberales, y resultante del emplazamiento de actividades globalizadas, propicia una mayor autonomía regional, más bien podría existir el riesgo a incentivar una competencia interregional ruinosa, que alimenta una serie de desequilibrios que después exigirían la intervención estatal para corregir sus consecuencias negativas.⁵ Un caso evidente se ha observado, por ejemplo, en los variantes ciclos de las inversiones en la plantación bananera de Costa Rica durante las últimas dos décadas. Su retiro de la zona sur del país y posterior incentivo en la zona noratlántica evidencia los trazos de esa competencia territorial perniciosa para el desarrollo integral de economías tan vulnerables como las centroamericanas. Puede decirse lo mismo en relación con las consecuencias regionales de la desaparición del cultivo del algodón en los departamentos del Occidente de Nicaragua, y la crisis de rubros de agroexportación y la ganadería en otras regiones nicaragüenses, frente a las oportunidades que comienzan a adquirir otros territorios en países vecinos como resultado de la ampliación de la economía transnacional.

La construcción regional, en otra perspectiva, imagina la ampliación de un tejido socio productivo que resulta de una “estructura política regional fundada desde abajo, partiendo de la generación de riqueza regional, utilizando estructuras de producción poco productivas pero crecientes, y de entrelazar las tradiciones histórico-económicas y cultural-económicas y sobre todo el personal calificado” (Arndt, 1995, p. 121).

5 James Scott (1995), señala al respecto que “aun siendo tan importante la acción regional, es dudoso que la competencia libre entre regiones pueda sustituir a las medidas de intervención estatal y a una política económica y social integral”, (p. 73).

Pero, aparte de la dimensión socio productiva, los componentes culturales, de género y socioafectivos conforman una argamasa ecosocial, compuesta por redes, símbolos, objetos e interacciones, sobre cuyo soporte se tejen nuevas identidades sociales y constituyen el germen de nuevas conformaciones socioterritoriales.

Por otra parte, la transnacionalización de diversas actividades productivas en zonas de frontera agrícola se ha ido operando en Centroamérica, casi, simultáneamente, junto con un proceso de formación de “regiones transfronterizas” o territorios binacionales que integran a espacios territoriales adyacentes en varios países dentro de un sistema regular de relaciones. La frontera opera en ese espacio como la variable de diferenciación con otras zonas o territorios (Morales, 1987a). Tras ese fenómeno se revitalizan las redes y canales de conexión tanto formales como informales, y que ejercen presión sobre las políticas y dinámicas institucionales en el manejo de los problemas fronterizos por parte de los Estados nacionales o de los poderes locales. Tales redes y sistemas de conexión tienden a organizarse a partir de ciertos ejes transversales que se pueden identificar a partir del flujo de relaciones entre dos o más centros geográficos ubicados a ambos lados de la franja fronteriza.

El espacio territorial tico-nicaragüense ha experimentado un flujo de migración constante, generalmente originado en los territorios ubicados al norte de la frontera y con destino hacia Costa Rica. Esas migraciones han sido en la mayoría de los casos la variable dependiente de otros fenómenos que han impactado a la sociedad nicaragüense, bajo una combinación de

cambios económicos y conflictos políticos, que han actuado como detonantes de la expulsión de población de sus lugares de residencia. Pero las causas de la migración no responden de manera limitada a factores localizados de un solo lado, sino de su combinación otras situaciones propias del otro país.

La emigración originada por la búsqueda de empleo tiene antecedentes que pueden rastrearse desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando las plantaciones de banano y otras actividades de siembra y recolección, así como la incipiente industria artesanal del calzado y el vestido, la talabartería y la herrería, en Costa Rica, demandaban mayores contingentes de mano de obra.⁶ Desde entonces, la salida de población nicaragüense mostraba la implicación de una situación política inestable entre las causas de las migraciones, aunque ese rasgo no aparecía tan claramente manifiesto. En general, la literatura revisada sobre la historia del conflicto interno en Nicaragua, durante las primeras décadas del siglo XX, detalla verdaderamente poco en torno a la emigración originada como consecuencia de la inestabilidad política y la intervención americana en suelo nicaragüense, lo que hacía aparecer al movimiento de población hacia Costa Rica, durante aquellas décadas, como un conjunto de acciones voluntarias originadas

6 Hacia mediados del siglo XX, se escribió un pasaje que expresa con claridad plástica la presencia del trabajador nicaragüense en la expansión de actividades agrícolas de exportación muy dinámicas: "No digamos de la fecunda e impagable labor del peón y trabajador nicaragüense en los campos malsanos e inclementes de la Costa Atlántica, primero y el Pacífico después, en donde dejaron sus huesos, y perdieron su juventud, riqueza personal, millares de nicaragüenses, talando la montaña, construyendo la vivienda, sembrando el banano, acosados por las fiebres, por las fieras y los reptiles, en esa espantosa vida bananera de Costa Rica (Ibarra, 1948, p. 9).

en la búsqueda de mejores condiciones de trabajo e ingreso en el país vecino.⁷

Sin embargo, las luchas entre las tradicionales fuerzas liberales y conservadoras, junto a la ocupación que ejercieron los marinos norteamericanos sobre el territorio estadounidense desde 1910, repercutieron directamente tanto sobre la situación de pobreza, como sobre la falta de seguridad de importantes grupos de población que se desplazaban tanto internamente como hacia países vecinos en búsqueda de mejores condiciones de vida.

El movimiento migratorio después de los años cincuenta y hasta mediados de los años setenta, tendía a disminuir significativamente, y se mantuvo casi concentrado en torno a la salida forzosa de dirigentes políticos de oposición al somocismo, cuya seguridad y libertad se mostraban amenazadas por la dictadura. Durante ese momento de emigración de dirigentes políticos e intelectuales, se presenta otro patrón de migraciones más marcado hacia el interior, que tenía como características principales según los estudios elaborados años atrás por un equipo de investigación de CSUCA (1978): 1. Una corriente migratoria rural-rural que se originaba en los sectores rurales de Boaco, Chontales y Matagalpa, también con alta probabilidad desde León⁸, hacia el territorio rural de Zelaya que se había constituido en zona

7 La historia del conflicto político en Nicaragua ha sido recogida en un volumen preparado por Denis Torres (1997), que ofrece la visión de varios actores y analistas de los procesos políticos locales, cuyos planteamientos permiten entender que el sistema de dominación, así como los mecanismos de apropiación de la riqueza han generado diversas formas de exclusión que han privado a amplios grupos sociales de las oportunidades de disfrutar de bienestar y participación política.

8 Los estudios señalan al respecto que los datos censales disponibles entonces no permitían discernir esa afirmación con certeza, pero que existía un alto grado de probabilidad de que esa situación estuviera ocurriendo como consecuencia del desplazamiento de población rural del departamento de León por las plantaciones de algodón.

de apertura de la frontera agrícola. 2. La configuración de un territorio social entre departamentos de salida y departamentos de llegada sobre la base de un conjunto de redes de parentesco, afiliación, redes de intercambio de escala vecinal, que absorbía la mayor parte del superávit poblacional de los demás departamentos del país. 3. La estructuración de tres campos migratorios en Nicaragua: el de la Región del Pacífico, el de la región Central Atlántica, y el de la Región Central Norte.

Managua se convirtió, de acuerdo con datos de 1971, en el principal polo de atracción de población (con más del 65% de las migraciones que se registran en los departamentos del Pacífico y más del 40% de las migraciones de todo el país).⁹ A escala regional, lo que acontecía dentro de Nicaragua coincidía con el perfil de las migraciones infrarregionales de los años setenta, que se atenía a un patrón rural-rural, de naturaleza temporal y de movilidad estacional (Castillo y Palma, 1996).

En la historia más reciente, desde finales de los años setenta, se conoció un movimiento migratorio que ha tenido tres momentos muy diferentes, delimitados también por tres diferentes escenarios de la historia política del país durante esas tres décadas. En un estudio reciente, se señala que “los flujos migratorios principales refuerzan, al mismo tiempo, dos procesos poblacionales, asociados a su distribución espacial de signo contrario. Por una parte, *tendencias centrípetas*, alrededor de la capacidad de atracción de la ciudad de Managua, como uno de los factores principales en las migraciones internas nicaragüenses; y por otro lado, *tendencias de tipo centrífugas* al fortalecerse el peso

9 Véase de CSUCA (1978), las páginas 187 y subsiguientes.

relativo poblacional de las Regiones Autónomas, Norte y Sur y Río San Juan” (OIM, 1997, p. 81).¹⁰

Este último análisis prioriza en la consideración de los factores económicos y sociolaborales de la organización territorial de los movimientos poblacionales y de la migración interna. No obstante, existen condiciones extraeconómicas que están interviniendo en la conformación de los movimientos de población, que hacen que estos no puedan explicarse exclusivamente a partir de un juego de fuerzas de expulsión y atracción. Eso es todavía más claro cuando los movimientos de población han estado asociados a detonantes políticos que afectan la supervivencia física y la seguridad de las personas.

Los factores políticos también incidieron fuertemente sobre la expatriación de población. El primer movimiento, manifiesto durante el segundo lustro de los años setenta, estaba asociado a la crisis del somocismo y la lucha insurreccional; ese movimiento estaba constituido, fundamentalmente, por disidentes políticos, razón por la cual la composición social de ese flujo migratorio era bastante homogénea, y predominaban en él figuras destacadas de la elite política, profesionales y académicos, cuya contribución al desarrollo profesional de Costa Rica resultó muy importante. Ese grupo retornó durante los últimos meses del somocismo para integrarse a las tareas de lucha cívica y acción armada, y posteriormente para incorporarse a las actividades surgidas después del triunfo de la revolución sandinista.

Posteriormente, con la llegada de los sandinistas al poder, se originó otra corriente migratoria, esta vez compuesta inicialmente

10 Destacado en el original.

por ex partidarios del gobierno de Somoza, pero que se fue haciendo más heterogénea conforme se fue diversificando el frente de oposición al sandinismo: empresarios, expropiados, disidentes de la revolución, combatientes ligados a la insurrección antisandinista y refugiados desplazados de los territorios de guerra. Se estima que en Costa Rica estuvieron asentados unos 250 mil nicaragüenses, aunque el número de aquellos que alcanzó el estatuto de refugiados representaba apenas del 10% de esa cifra global.

La última corriente se estableció después de 1990. Aunque las condiciones políticas de Nicaragua habían cambiado desde ese año, la emigración pareciera estar vinculada tanto a razones económicas, como políticas y ambientales. Por esa razón, no es fácil atribuir a la emigración razones exclusivamente económicas; y en el caso de Nicaragua continúa presentándose todavía una yuxtaposición entre la dimensión política y la económica de los factores que obligan a la emigración.

La configuración del fenómeno migratorio en la década de los noventa, de acuerdo con los aspectos antes señalados, revela en él una cierta interrelación entre su dinámica y las condiciones estructurales, económico-sociales y políticas, que lo han originado y que inciden en la forma que adquieren los movimientos de población migrante.

Pero, por otra parte, el desarrollo y maduración del proceso migratorio de Nicaragua hacia Costa Rica ha coadyuvado al establecimiento de nuevas formas de interrelación e interdependencia entre los dos países vecinos. Eso último significa que en las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica, el tema migratorio ha llegado a alcanzar, después de 1990, el primer lugar de la

agenda de relaciones bilaterales, desplazando como prioridad política a otros asuntos o temas que fueron más polémicos, propios de las disputas ideológicas libradas entre ambos Estados en la década anterior.

Pero, aparte de su trascendencia política en la agenda bilateral, el tema de las migraciones esconde un trasfondo estructural muy dinámico que presagia cambios fundamentales no solo en los patrones de relación política en la dimensión interestatal, sino también en los mecanismos de interconexión entre circuitos económicos, redes sociales y dinámicas culturales, que pueden constituir el germen de una nueva territorialidad binacional entre Nicaragua y Costa Rica, como expresión local de una construcción regional desde la plebe. Pese a la trascendencia cotidiana que tienen hoy en día las migraciones intracentroamericanas, en el contexto de la migración extrarregional, no existe un enfoque integral del problema dentro de la agenda de negociaciones regionales sobre integración. Ese hecho parece servir de ejemplo de que las angustias de la gleba, originadas por el impacto del ajuste y la pobreza, no figuran como prioridades en la diplomacia palaciega regional.

Desde el punto de vista territorial, las migraciones crean diversas formas de contacto entre regiones, siendo este aspecto uno de los menos estudiados por las diversas corrientes que se han ocupado de diferentes campos de estudio desde la geografía y la demografía. Estudios desarrollados en otros contextos, por ejemplo, sobre los efectos regionales de la emigración mexicana hacia los Estados Unidos, demuestran que los factores ligados a la dinámica productiva y el impacto regional de las políticas macroeconómicas, por ejemplo, las relacionadas con el tipo

de cambio y el ajuste estructural, al afectar los niveles de empleo e ingreso, condicionan muy fuertemente los flujos migratorios, las características sociodemográficas de los emigrantes y las modalidades de dicha emigración (Papail y Arroyo, 1996).

En el tratamiento de esta cuestión, hemos sostenido como hipótesis la existencia de diferenciaciones cada vez más importantes, pero comúnmente poco perceptibles, entre las modalidades de la emigración, los comportamientos sociales de los migrantes y los efectos que ella tiene sobre el sistema social, y que están asociadas a las diferencias entre territorio, tejidos socioproductivos y cultura local de las comunidades expulsoras de esa población. Justamente esas diferenciaciones nos hacen suponer, como segunda hipótesis, en la configuración de patrones muy distintos de "inter-territorialidad" originados por la composición de diferentes formas de contacto entre regiones y comunidades, y que obedecen a diferencias en relación con las modalidades migratorias y las características más específicas del fenómeno.

Territorialidad y migraciones

Si bien nuestro análisis enfatiza en los rasgos que ese fenómeno está asumiendo en su manifestación más reciente, específicamente a partir de los años noventa, se evidencia una continuidad histórica según la cual, la emigración / inmigración es una práctica enraizada en los variados procesos de construcción socioeconómica y formación sociopolítica de la compleja sociedad nicaragüense. La dinámica poblacional ha sido todavía hasta el periodo reciente una cuestión estrechamente vinculada al

comportamiento fluctuante de las migraciones. Esa movilidad espacial de la población se ha constituido en un mecanismo de adaptación de la sociedad a los impactos provocados por cambios acelerados y drásticos, tanto en el desarrollo económico como en la dimensión sociopolítica.

Durante la década de los noventa, las causas de las emigraciones aparecen como un conjunto de respuestas colectivas a una combinación de situaciones críticas, a ellas se ligan la crisis económica y el estancamiento productivo, con las secuelas de la turbulencia política y la precaria estabilidad de posguerra alcanzada por ese país.

Sin embargo, entre la década de los cincuenta y los setenta, según los estudios efectuados por investigadores del CSUCA con base en información censal, las migraciones, básicamente internas, eran atraídas por movimientos originados en la expansión de una nueva frontera agrícola, donde la región de Zelaya jugaba una función muy importante, y también por procesos de urbanización creciente, que produjo un flujo de emigración desde diversos departamentos del país hacia la ciudad de Managua. Esos dos movimientos se explican en virtud de dos características que resaltaban en el proceso de desarrollo socioeconómico local y que se retoman más adelante.

En efecto, al menos dos particularidades en la modalidad de desarrollo local de Nicaragua originan una dualidad que explicaría el enconamiento de un desarraigo colectivo de amplias masas de su población. En primer lugar, Nicaragua ha permanecido dentro de la subregión centroamericana como el país más dependiente del sector agrícola, por ende es la sociedad más rural de Centroamérica, pero, como extremo opuesto, ese país

también presenta la más alta concentración de población en las áreas urbanas. En ese territorio se presenta una compleja segregación entre la realidad del mundo rural y un fenómeno de acelerado crecimiento poblacional urbano que genera otro tipo de problemas propios de los procesos de urbanización acelerada y desordenada.

La disposición de territorios de frontera agrícola, por una parte, y un proceso de absorción de población en las ciudades, permitió durante muchas décadas que los desplazamientos de población fueran asimilados internamente, aprovechando para eso marcadas diferencias entre las distintas regiones que dividían el territorio nicaragüense. En el agotamiento de esa esponjosidad fue determinante la detonación de una larga recesión productiva que se inició a finales de los años ochenta, todavía en periodo sandinista, y se prolongó durante toda la década siguiente, con muy pocas perspectivas de solución en el mediano plazo.

Sin embargo, las causas de esa recesión no parecen muy claras, con excepción de las razones atribuidas al bloqueo económico impuesto por Estados Unidos en los años ochenta y a una serie de errores en el manejo macroeconómico por las administraciones sandinistas. Pero diversa literatura al respecto permite suponer que los cimientos del modelo de desarrollo eran portadores, desde antes, de una serie de deficiencias que esas otras dos circunstancias hicieron explotar posteriormente en situaciones de crisis.

En su dimensión macrosocial, los factores determinantes de la emigración están referidos a dos niveles: a. las características de una estructura socioeconómica que funcionan como dispositivos para la salida de población; y b. las características del

régimen sociopolítico que propician una serie de dinámicas precipitantes de la salida de población de sus comunidades de residencia. Esos dos niveles serán considerados en el análisis de la fase de la emigración de nicaragüense fuera de las fronteras territoriales de su país. Pero también existen otros dos niveles que se cruzan con los anteriores, y que se refieren a las causas mediatas, expresadas en el nivel local y los factores sociales (familiares e personales) que actúan como “precipitantes” de la emigración.

En una dimensión estructural, podemos sostener que la emigración es un factor originado en una serie de condiciones desventajosas para la satisfacción de las necesidades básicas de los grupos expulsados. Dichas condiciones están determinadas por dinámicas que se pueden distinguir en tres niveles, de acuerdo con una propuesta analítica elaborada por Lourdes Arizpe, para el caso de la migración en México (Arizpe, 1978; 1985): un nivel estructural, otro nivel relacionado con las condiciones del desarrollo local y las características de las unidades familiares y, finalmente, el de los factores precipitantes de la emigración a nivel individual y familiar.

Migraciones y reconfiguración socioterritorial

En la conformación de los tejidos socioterritoriales, las migraciones están teniendo una enorme influencia. Los mecanismos articuladores de tales tejidos son los vínculos que los sujetos migrantes dejan establecidos en cada sitio. Las prácticas migratorias y la estampa de las percepciones y el imaginario común desarrollado a partir de tales experiencias, crea y refuerza

nuevas expresiones de la espacialidad, que interesan en este análisis en dos dimensiones: la primera, correspondiente a lo que denominaríamos la dimensión socioterritorial, y la segunda, la dimensión *interterritorial*.

La incorporación del tema de la territorialidad, como referente analítico de las migraciones, permite, además, dilucidar dos conceptos fundamentales. La dimensión socioterritorial está constituida, básicamente, por el emplazamiento, en el espacio territorial, de prácticas, dinámicas y relaciones sociales que resultan, o sirven de soporte y trasfondo, a los movimientos ligados a la emigración / inmigración. Es decir, se trata de un nivel de las relaciones entre actores sociales y espacio, como proceso que conduce a la conformación de diversas situaciones territoriales. La práctica migratoria tiene la particularidad de que el espacio territorial pasa a ser incorporado dentro de las estrategias de supervivencia asociadas a dicha práctica.

Entre tanto, el fenómeno de la interterritorialidad abarca un proceso más específico que deviene de la amalgama de contactos y relaciones entre comunidades y regiones: es decir, está referida a un marco situacional diferente, pero no del todo ajeno a la socioterritorialidad, pues se conforma a partir de diversas vinculaciones, interacciones y, en general, de variadas formas de segregación y/o acoplamiento entre territorios contiguos o discontinuos. Tales territorios pueden corresponder, según cada situación, a una misma unidad espacial, como, por ejemplo, un territorio administrativo o, bien, a unidades de distinto tamaño o configuración, a escala nacional o binacional.

El sentido de la territorialidad se explica también, en este trabajo, en virtud de la hipótesis que postula que la dinámica de

la emigración/inmigración refuerza variados procesos conducentes a la conformación de una nueva *interterritorialidad*, dentro del espacio binacional entre Costa Rica y Nicaragua. Ese fenómeno interterritorial, de carácter binacional, es resultante de una variedad de interacciones entre actores y sujetos de varios territorios. Entre esas interacciones, se produce una gama diversa de articulaciones que dan forma a nuevas modalidades de interdependencia entre regiones y comunidades, tanto las de origen como las de destino de las migraciones. Dichas interacciones se establecen, en el marco de la cuestión migratoria, pero en torno a dos situaciones que le sirven de trasfondo: por una parte, al carácter estacional que adquiere la demanda de mano de obra por parte de las actividades productivas de agroexportación en Costa Rica (esa primera es un factor de características socio-temporales) y, por otra, de la conformación de diversos tejidos socioterritoriales, ligados a una serie de factores tales como los lazos de parentesco, los vínculos vecinales y las redes de solidaridad y confianza, que sirven de soporte y apoyo a la migración.

Por otra parte, las disparidades, asimetrías y desequilibrios del desarrollo interregional entre Nicaragua y Costa Rica fueron objeto de un anterior estudio sobre la configuración del espacio transfronterizo entre esos dos países y de la dinámica de las migraciones en ese entorno (Morales, 1997b). La información sistematizada en dicho estudio nos permitió lograr un acercamiento a una región binacional que refleja, justamente, una serie de diferenciaciones en términos temporales y espaciales, como resultado del funcionamiento de variadas lógicas de acción territorial combinada: algunas relacionadas con la dinámica socioproductiva, la geopolítica y la manifestación espacial de la

conflictividad ideológica. En ese entorno, como resultado de esas modalidades de acción territorial diferenciadas, se constituye un espacio binacional heterogéneo, que confirma, de alguna manera, la afirmación de que la “esquizofrenia social” deriva también, en cierto modo, en alguna forma de “esquizofrenia territorial”.

El fenómeno migratorio, por ejemplo en la región noratlántica costarricense, ha tenido diversas vertientes, las más antiguas desde Nicaragua, pero también otras originadas desde el Valle Central de Costa Rica, y que han estado asociadas a la formación de una “región viva” en la zona norte de Costa Rica (Giro, 1988). En el periodo más reciente, el fenómeno migratorio se ha conformado a partir de la vertebración de “un sistema circular de mano de obra vecinal hacia las plantaciones de café y banano, que se confunden con otros desplazamientos masivos de nicaragüenses hacia el territorio del país vecino” (Morales, 1997a).

En segundo lugar, se señalaba en ese estudio que el proceso de poblamiento de la frontera binacional, inclusive en el segmento costarricense, al originarse en las migraciones nicaragüenses, han dejado establecidas una serie de vinculaciones de parentesco, de filiaciones locales y lealtades colectivas que les otorgan a esas microrregiones un principio de identidad muy homogéneo e históricamente más volcado hacia Nicaragua. Aparte, entonces, de las relaciones de parentesco y vecindad entre poblaciones fronterizas de ambos países, se conformó un tejido de rutas y redes comerciales que constituyen los principales lazos de una economía transfronteriza en procesos de expansión permanente. Pero sobre ese hábitat ecosocial se asentaron después las dinámicas de regionalización emprendidas desde Costa Rica, desde los años cincuenta, como un proceso dirigido desde el poder

central, pero que en los años ochenta se diseñaron de forma más explícita para integrar ese territorio al Estado nacional, y no necesariamente para dotarle de las posibilidades de construirse como región endógena.

En el proceso de construcción regional, al menos de la zona norte de Costa Rica, a consecuencia de esa yuxtaposición de tejidos, se produce una cierta tensión entre la arqueología del territorio y la dinámica que le imprime a ese mismo territorio la fuerte penetración del capital, bajo la expansión de las economías de plantación y la agroindustria de exportación. Esa base económica conecta el proceso de regionalización productiva con el tejido social de las migraciones. Si bien no existen suficientes datos empíricos que permitan identificar la distribución territorial de la mano de obra inmigrante de Nicaragua, el conocimiento común señala que esta se ha constituido en la fuerza de trabajo principal de actividades agrícolas e industriales dinámicas. Sobre el empleo de dicha mano de obra descansa la productividad económica que ha servido de base a la construcción de una región globalizada en la zona norte de Costa Rica. Entre esas actividades productivas fundamentales se encuentran la plantación de banano, la producción cañera, la citricultura, ganadería y, en menor escala, la producción de granos y café.

Con base en los resultados del presente análisis, se puede argumentar que en la configuración de la dinámica migratoria intervienen dos conjuntos de factores. El primero está referido a las condiciones estructurales y particularidades del desarrollo de las comunidades desde donde se origina la emigración, pero también corresponden a estos factores otros relacionados

con la dinámica sociopolítica, por ejemplo, situaciones de violencia o violaciones de los derechos humanos.

Los ciclos económicos del país de origen y del país receptor son determinantes estructurales del comportamiento migratorio. En Nicaragua, el ciclo económico ha sido afectado, durante un largo tiempo, por una serie de factores recesivos que han obligado a la salida de la población en búsqueda de fuentes de empleo en otros territorios. El carácter mismo de la fuerza laboral en ese país, facilita la inserción de los trabajadores y las trabajadoras dentro de los circuitos laborales costarricenses. En ese último país, la dinámica del empleo se ha concentrado en torno a un conjunto de actividades vinculadas a los procesos de acumulación transnacional, dos que son de corte tradicional como el café y el banano, luego la caña de azúcar menos tradicional, pero tampoco tan reciente, y otras que se desarrollaron más tardíamente como los productos tropicales de nueva exportación, como los cítricos, las flores y otros. Otro sector de absorción de empleo es la industria de la construcción y la producción maquiladora. Con excepción de las maquilas, las demás actividades y dos ramas del sector servicios: los servicios de vigilancia privada y los servicios domésticos, constituyen los ámbitos en los cuales la fuerza laboral inmigrante nicaragüense se ha logrado insertar en Costa Rica, con una clara diferenciación de género: los varones en los servicios de seguridad y las mujeres en el empleo doméstico.

Pero también la migración está asociada a ciertos sucesos políticos que tienen efecto detonante sobre las decisiones de personas y familias enteras antes de emigrar. Esa hipótesis no ha podido ser constatada, con suficiente profundidad, en el caso de

emigración reciente desde Nicaragua; no obstante, se ha podido comprobar en algunas de las entrevistas efectuadas en Nueva Guinea, territorio de reciente desarrollo y enclavado en el riñón de la “nueva frontera agrícola”, así como en Chontales y resto de la región central, que muchos productores han aducido que uno de los obstáculos para levantar la producción de sus fincas radica es el vandalismo que aún subsiste en esas antiguas zonas de guerra. Como se había argumentado en estudios previos (Morales, 1995), la forma en que se intentó poner fin al conflicto armado en Nicaragua provocó una serie de desprendimientos de tropas de los principales frentes insurgentes, dejando regados, buena parte de los campos nicaragüenses, de una serie de bandas que alimentaban su accionar del descontento social reinante en el sector rural como consecuencia de la situación económica y de la inseguridad civil. Esas bandas utilizaban ese descontento para justificar sus acciones, aunque sin que quedara establecida una diferencia clara entre sus motivaciones políticas y comportamientos delictivos.¹¹

El tercer grupo de factores se refiere al conjunto de experiencias, de canales, mecanismos y estrategias que permiten viabilizar la migración, como las redes sociales de apoyo que se convierten en el soporte para la supervivencia física de los emigrantes, pero también en el sedimento cultural de la emigración como dinámica.

11 En un informe elaborado a solicitud del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en 1996, se señalaba que la población refugiada y los desplazados internos, que había retornado a sus lugares de origen, después de sufrir el desarraigo durante varios años, se enfrentaba en la nueva situación con una serie de condiciones caracterizadas por la “tensión social, la polarización política, inseguridad, irrespeto a los derechos humanos, impunidad, ingobernabilidad y alto grado de pobreza extrema” (Cordero, 1996, p. ii).

La combinación de esos tres factores origina el desarrollo de una dinámica mediante la cual la migración pasa de ser una situación temporal a un fenómeno permanente. La regularización de dicha dinámica se hace posible gracias a que las diversas generaciones de emigrantes contribuyen a alentar en sus comunidades de origen y familiares el deseo de emigrar, de esa manera se perpetúan las “cadenas migratorias” (Castles, 1993, p. 54). La configuración de esos tejidos sobre los cuales se entretije la migración, están condicionados por la textura de instituciones económicas, sociales y rasgos de la identidad local. Por ejemplo, algunas características de las comunidades de origen de los migrantes condicionan las modalidades que asume la emigración. En especial, algunos de dichos factores a los que es importante prestar atención, están relacionados justamente con los tejidos socioproductivos, factores históricos y culturales vinculados con el origen de la comunidad y las familias (por ejemplo, si existe una experiencia previa de migración como antecedente). Por otra parte, según Castillo y Palma (1996, p.38), “las modalidades que asumen los impactos de las emigraciones también están relacionadas con las características de las sociedades receptoras, sean países de destino final o tránsito”.

Los resultados de esta investigación apuntan más claramente a señalar que la dimensión organizativa familiar es el elemento que hilvana las redes de la migración entre Costa Rica y Nicaragua. La relación entre dinámica migratoria y espacio da lugar a la aparición de diversas formas de transversalidad dentro de las expresiones organizativas y asociativas básicas, tales como en el nivel familiar y comunitario, lo que nos permite advertir la aparición de familias y comunidades transversales entre

Nicaragua y Costa Rica. En el nivel familiar, esa conformación transversal tiene implicaciones funcionales en relación con las formas que se generan los ingresos y se satisfacen las necesidades del grupo. Es decir, se opera una división entre la función productiva y la reproductiva de los miembros de la familia, que resulta funcional para la rentabilización de las inversiones, pues en la medida en que los trabajadores y las trabajadoras se trasladan al otro país, pero sus dependientes permanecen en su país de origen, las empresas pueden mantener niveles de remuneración por debajo de la media salarial, ya que la familia se verá obligada a idear otros medios para completar los ingresos necesarios para mantener sus necesidades básicas, sin que eso ejerza ninguna presión sobre las escalas de remuneración por parte de las empresas empleadoras en el otro país. También esa situación se ve reforzada por las condiciones de irregularidad en las cuales llega la mayor parte de los trabajadores inmigrantes, que al carecer de documentos ve negada su condición de ciudadanía para reclamar sus derechos laborales.

El manejo de la política migratoria, al margen de cuál sea la voluntad de sus formuladores y de los funcionarios que la aplican, cumple un papel funcional a ese respecto. En primer lugar, los intentos por poner en regla la condición migratoria de los trabajadores y por someterlos a algún régimen laboral, se han constituido en un vano intento por regularizar un mercado laboral que opera, por la misma lógica de la rentabilidad de la inversión, en condiciones de precarización, inestabilidad y baja remuneración; es decir, a partir de condiciones laborales y salariales muy desfavorables para el trabajador. Por otra parte, los mecanismos de control migratorio sobre la población que ingresa

masivamente indocumentada, no necesariamente cumplen con sus objetivos de frenar las inmigraciones, ni de regularizarlas, pero sí funcionan como un mecanismo extraeconómico y extralaboral que influye negativamente sobre las condiciones del laborales del trabajador, pues incrementa la inseguridad del inmigrante, sobre todo indocumentado, y concede ventajas a los empleadores.

Amén de que esas medidas pueden revelarse inefectivas desde el punto de vista estrictamente migratorio, acarrear otros inconvenientes como el incremento de los factores de vulnerabilidad, sobre todo de los indocumentados que se muestran dispuestos a enfrentar todo tipo de riesgos con el fin de superar las barreras del control migratorio.¹²

En un momento en que la literatura más reciente sobre los estudios regionales enfatiza en que, para poder competir en un mercado global de tecnología, el crecimiento endógeno de las regiones debe traducirse en ciertas manifestaciones territoriales de la innovación (Verduzco, 1995), la sostenibilidad del desarrollo en la región binacional entre Nicaragua y Costa Rica está basada, por el contrario, en el aprovechamiento de las ventajas del coste de la mano de obra y no está determinada por el mejoramiento de la capacidad tecnológica de las empresas. Esa función la suple la migración laboral que permite a las compañías

12 Por ejemplo, durante un recorrido efectuado en autobús desde la frontera de Peñas Blancas, entre Nicaragua y Costa Rica, se pudo observar que muchos inmigrantes se arriesgaban a cruzar sin cumplir los controles migratorios; según testimonios recogidos, algunos conductores les cobraban hasta diez mil colones (equivalentes a unos 30 dólares), por ayudarles a pasar los retenes policiales instalados en la carretera entre Peñas Blancas y Cañas de Guanacaste, en el lado costarricense. Normalmente un coyote cobra 20 dólares por ese *servicio*.

contratantes de esa mano de obra, el ahorro de costos de producción y de otras inversiones para mejorar la productividad.¹³

Ese problema, planteado en sus aspectos generales, puede resultar de importancia para comprender el entrelazamiento entre la emigración/inmigración y los factores del desarrollo de las regiones de destino. Esa es quizás también una hipótesis que se debe considerar con mayor cuidado y atención, pero el supuesto enunciado puede servir como pista de investigación para comprender las dinámicas asociadas al desarrollo económico de las regiones que atraen mano de obra inmigrante y, en particular, del tipo de economías que se sustentan en el aprovechamiento de las condiciones laborales de los indocumentados. Con base en tales investigaciones, se pueden analizar las condiciones de desarrollo de la Zona Norte de Costa Rica, como uno de los territorios más dinámicos y que ha logrado desarrollar una serie de ventajas a partir de su inserción en los circuitos de la transnacionalización, pero que también se sirven de la inmigración masiva como mecanismo para fomentar su competitividad frente a otros territorios y naciones.

13 La relación entre migraciones y mercados de trabajo en Centroamérica no ha sido estudiada suficientemente, y en la indagación bibliográfica previa no se encontraron materiales que permitieran hacer una caracterización de ese fenómeno que, según la literatura producida en otros contextos, tiene un enorme relevancia Stephen Castles (1993) señala tres características de la primera oleada inmigratoria hacia Europa después de la Segunda Guerra Mundial: a. la política de los gobiernos se caracterizaba por sus perspectivas de corto alcance sobre el aprovisionamiento de mano de obra. No existía ninguna planificación para la residencia ilimitada de trabajadores; b. La contratación de trabajadores inmigrantes, sobre todo para tareas poco calificadas en la industria y en el ramo de la construcción, condujo a una fuerte división del mercado de trabajo con base en el origen étnico; c. los trabajadores inmigrantes eran discriminados tanto legal como socialmente, lo cual cristalizó una tendencia a la convergencia de la situación legal de los trabajadores provenientes de las colonias y de los trabajadores extranjeros que llegaron a la periferia europea.

En la medida en que la fuerza de trabajo que tiene acceso a ese mercado de trabajo subregional este constituida en su mayoría por inmigrantes indocumentados, el régimen laboral establecido en la zona por parte de las compañías y los empleadores recurre a mecanismos de apropiación de excedentes, por medio del aprovechamiento de distintas formas de precarización laboral (como bajos niveles de remuneración, la subcontratación e inestabilidad en el puesto de trabajo), y no por medio de incrementos en la productividad misma mediante la introducción de mejoras tecnológicas. Las condiciones de trabajo de la fuerza laboral inmigrante se convierte en uno de los componentes del dinamismo productivo de las principales ramas de la economía subregional de la Zona Norte. Esa característica origina, en cierto modo, el establecimiento de un cierto “dumping social” como recurso estratégico de las empresas para hacerle frente a su inserción en los mercados externos.

De acuerdo con estudios previos (Castro y Morales, 1999), la fuerza laboral de los inmigrantes se ha colocado en Costa Rica en diferentes sectores del mercado laboral, entre ellas, las nuevas actividades agrícolas de exportación, la recolección de café y la zafra de la caña, así como la producción de bananos; esas actividades de tipo agrícola junto a otras del sector urbano, como la construcción, los servicios domésticos y la vigilancia privada, constituyen ámbitos de atracción de esos trabajadores y esas trabajadoras. Datos recientes también señalan un crecimiento de empleo de inmigrantes tanto en el sector del comercio como la industria manufacturera, y se supone que el tipo de establecimientos que requieren esa fuerza de trabajo son primordialmente medianos y pequeños. Por lo general, el tipo de

empleo disponible para los inmigrantes se caracteriza por la preponderancia de oficios no calificados o poco calificados, actividades que demandan largas jornadas de trabajo, mal remuneradas y que exigen un esfuerzo físico intenso.

El emplazamiento de los inmigrantes en espacios públicos en Costa Rica, durante fines de semana y otros días de fiesta, gesta una trama de intercambios simbólicos que sirven para la recreación (que en este caso no es simple entretenimiento), entendida como la reproducción, circulación e intercambio de los valores que sirven a la identidad del nicaragüense. Pero también como lo muestra Patricia Alvarenga (1997), también allí se establece un puente de conexión entre esa vivencia situacional del inmigrante y su cultura de origen. Uno de los ejemplos más claros del vertebramiento de nuevos circuitos binacionales es el funcionamiento de todo un sistema de pequeños y medianas empresas de servicios dedicadas a la transferencia de bienes y dinero entre grupos familiares entre Nicaragua y Costa Rica. Un fenómeno novedoso en los espacios públicos es la aparición de nuevos rasgos de cultura urbana asociadas a la inmigración nicaragüense, tanto en los suburbios de las ciudades metropolitanas del Valle Central costarricense, como en el centro histórico de San José. Las manifestaciones de culturas urbanas relacionadas con la inmigración ya forman parte de la vida cotidiana de estos lugares, pero un rasgo particular se manifiesta en la transformación espacial que experimenta el “circuito urbano del Parque de la Merced”, en el centro histórico josefino. En ese circuito convergen la plaza o parque ubicado justamente frente al templo católico dedicado a la Virgen de la Merced, que también es venerada en Nicaragua. En las calles aledañas a ese parque se

localizan las paradas de autobuses de diferentes barrios populares de la capital, así como de los autobuses de Heredia y Alajuela (las dos cabeceras provinciales más cercanas a la capital), donde residen gran cantidad de inmigrantes nicaragüenses. Consagrado durante los días laborales a suministrar diversos servicios (ventas de comida, parqueos, etc.) para la población local en general, empleados de instituciones públicas, comercios y otros establecimientos privados; en días sábados y domingos, muchos de esos establecimientos se transforman en negocios que atienden una demanda asociada a la población inmigrante: servicios de encomiendas y transferencias, ventas de comidas nicaragüenses, y fundamentalmente el *tianguis* informal que se desarrolla dentro del parque, relacionado con las oportunidades de empleo, información y esparcimiento.

En conclusión, se ha postulado que la vinculación a través de las migraciones entre espacios de origen y de destino es un tema importante, en sí mismo, por la relevancia que tiene la investigación sobre la constitución de redes y el establecimiento de formas de contacto entre regiones transfronterizas y la configuración de nuevas formas de territorialidad. Pero también se pueden aducir otras razones:

La emigración/inmigración produce modificaciones importantes en las comunidades de origen y de destino. Esas modificaciones se pueden examinar en la actividad socioproductiva, las dinámicas familiares, y la vida societal (dimensión organizativa, cultura y relaciones sociales). La migración produce también otras variaciones en las formas de relación entre comunidades de origen y comunidades receptoras, lo que produce una conexión e

interdependencia dinámica: el desarrollo de un territorio o región se hace dependiente del otro y viceversa, en la medida en que entran en juego factores relacionados con la demanda y oferta de trabajo, redes de apoyo, remesas familiares, abastecimiento y consumo, etc.

Finalmente, los emigrantes también mantienen relación con sus comunidades de origen no solo y exclusivamente a través del envío de remesas de dinero obtenido como fruto de su trabajo, sino a través de una serie de mecanismos que son funcionales tanto para el mantenimiento de su identidad y aspectos de la cultura, como también para el establecimiento de un patrimonio de experiencias y conocimientos que servirían de apoyo al desarrollo de nuevas migraciones. Como señalan Castillo y Palma (1996), las redes sociales y lo simbólico tienen un peso pocas veces reconocido en el estudio de las migraciones: “Los individuos, las familias y las comunidades acumulan una experiencia que sirve de base para las decisiones e incluso para la organización de los desplazamientos. Al mismo tiempo, los emigrantes —desde sus lugares de destino— contribuyen a la conformación de una imagen de éxito de la emigración, no sólo con las remesas sino también con información y mensajes alusivos” (p. 49).

En suma, en este primer apartado, hemos discutido en torno a las asociaciones entre la dinámica migratoria y la transformación de espacios sociales a escala transfronteriza y binacional. Colocada en una perspectiva inmediata, la relación entre migraciones y territorio, en la dimensión binacional entre Nicaragua y Costa Rica, nos permite identificar dos expresiones de la regionalidad. Una regionalización continua que se sustenta en la prolongación de las redes sociales sobre la base de un territorio contiguo, apenas separado por la línea divisoria entre los dos

países. Esa contigüidad territorial es el resultado de un conjunto de características y procesos que acontecen en la frontera binacional y que permiten ver en ella un territorio poroso de interacciones y dinámicas, a consecuencia de lo cual se establece allí algo similar a lo que Ivo Duchacek denomina como “perco-rated sovereignties”.

La otra forma de regionalización sería más bien discontinua en el territorio, pero que encuentra otro tipo de contigüidades en el tiempo y la cultura. Esa otra regionalidad se configura de acuerdo con una discontinuidad territorial, pero se entrelaza a partir de una serie de interacciones que, por encima de los elementos territoriales de contacto físico, mantienen en comunicación a poblados de origen en diversos departamentos de Nicaragua con otras regiones de destino en Costa Rica, principalmente en el Valle Central, distantes territorialmente unas de las otras, pero donde la comunidad de inmigrantes recrea su propia cultura y establece algún vínculo dinámico con aquellas comunidades al otro lado de la frontera.